

hacerlo todo, pero dotados á la vez de un hambre continua y de cuatro estómagos.

III

¿Cómo se gobierna el hormiguero? A medida que avanza el vagón, veis, entre las haciendas y los cultivos, el largo muro de un parque, la fachada de un palacio, más á menudo alguna vasta casa adornada, especie de hotel campestre, de mediana arquitectura, con pretensiones góticas ó italianas, pero rodeado de hermosos macizos de césped, de árboles conservados con esmero. Allí viven los burgueses ricos; me engaño: la palabra es falsa; hay que decir *gentlemen*; *burgués* es una palabra francesa, y designa esos enriquecidos ociosos que se entregan al descanso y no toman parte en la vida pública. Aquí pasa todo lo contrario: las ciento ó ciento veinte mil familias que gastan mil libras esterlinas anuales ó más, gobiernan efectivamente el país. Y no es ese un gobierno importado, implantado artificialmente y de fuera; es un gobierno espontáneo y natural. En cuanto hay hombres que quieren obrar juntos, les hacen falta jefes; toda asociación voluntaria ó involuntaria tiene uno; sea ella la que quiera, Estado, ejército, nave ó comunidad local, no puede pasarse sin un guía que encuentre el camino, entre en él, llame á los demás y amoneste á los rezagados. Por más que presumamos de independientes, en cuanto marchamos en cuerpo, necesitamos un jefe de fila, y miramos á derecha é izquierda, esperando que se presente. La gran cuestión es descubrirle, tener el mejor, no seguir á otro en su lugar; es una gran

suerte que haya uno, y que se le reconozca. Los ingleses, sin elección popular, ni designación de arriba, le encuentran hecho y reconocido en el propietario importante, antiguo habitante del país, poderoso por sus amigos, sus protegidos y sus colonos, interesado más que nadie, por sus grandes bienes, en los asuntos del municipio, experto en intereses que su familia maneja desde hace tres generaciones, el más capaz, por su educación, de dar un buen consejo, y el más abonado, por sus influencias, para llevar á feliz remate una empresa común. En efecto; así pasan las cosas; todos los días salen de Londres centenares de personajes ricos para pasar un día en el campo; es que están convocados para asuntos de su municipalidad ó de su iglesia; son *justices overseers*, presidentes de toda clase de sociedades, y gratuitamente. Tal ha construido un puente á sus expensas; cuál una capilla, un local de escuela; varios fundan bibliotecas que prestan libros, con piezas caldeadas é iluminadas, donde los aldeanos encuentran por la noche periódicos, juegos; te barato, honestas distracciones, en fin, que los apartan de la taberna. Muchos de ellos dan *lecturas*; sus hermanas ó sus hijas regentan escuelas dominicales; en resumen: dan á sus expensas á los pobres y á los ignorantes la justicia, la administración, la civilización. Yo he visto uno, poseedor de treinta millones, que el domingo enseñaba en su escuela á cantar á las niñas; lord Palmerston ofrece su parque para los *archery meetings*; el duque de Marlborough abre el suyo al público diariamente «rogando (es la palabra que usa) á los visitantes que no estropeen el césped». Un firme y alto sentimiento del deber, un verdadero espíritu público, una gran idea de lo que un *gentleman* se debe á sí mismo, les da la superioridad moral que autoriza el mando;

probablemente, desde las antiguas ciudades griegas, no se ha visto educación ni condición en que la nobleza nativa del hombre haya recibido un desarrollo más sano y más completo. En suma: son magistrados y patronos de nacimiento, jefes de las grandes empresas en que hay que arriesgar capitales, promovedores de todas las larguezas, de todas las mejoras, de todas las reformas, y, con los honores del mando, aceptan sus cargas. Porque nótese que, á la inversa de las demás aristocracias, son instruidos, liberales, y marchan á la cabeza, no á la cola de la civilización pública. No son figurines de salón, como nuestros marqueses del siglo XVIII. Un lord visita sus pesquerías, estudia el sistema de los abonos líquidos, habla competente-mente del queso, y su hijo es á menudo mejor remero, andarín y pugilista que sus colonos. No son descontentos, atrasados como los nuestros, sin más ocupación que jugar al *whist* y suspirar por la Edad Media. Han viajado por toda Europa, y con frecuencia más lejos; saben lenguas y literaturas; sus hijas leen corrientemente á Schiller, Manzoni y Lamartine. Por las revistas, los periódicos, los innumerables volúmenes de geografía, de estadística y de viajes, tienen el mundo en la punta de los dedos. Sostienen y presiden las sociedades científicas; si los libres investigadores de Oxford, en medio del rigorismo oficial, han podido explicar la Biblia, es porque se sabía que estaban sostenidos por los laicos ilustrados y del más alto rango social. No hay peligro tampoco de que esa clase selecta degenera en *coterie*; se renueva; un gran médico, un profundo jurisconsulto, un general ilustre, reciben la nobleza y fundan familias. Cuando un industrial ó un comerciante ha ganado algunos millones, su primer pensamiento es adquirir una tierra; al cabo de dos ó

tres generaciones, su familia ha echado raíces y toma parte en el gobierno del país; de esa manera las mejores plantas del gran bosque popular vienen á reforzar el plantel aristocrático. Nótese, en fin, que la institución no es aislada. En todo hay jefes reconocidos, respetados, á quienes se sigue con confianza y deferencia, que se sienten responsables, y llevan el peso, á la vez que disfrutan las ventajas de su dignidad. Le hay en el matrimonio, donde el hombre reina incondicionalmente, seguido por su mujer hasta el fin del mundo, fielmente esperado por la noche, libre en sus asuntos, de que no da parte. Le hay en la familia, donde el padre (1) puede desheredar á sus hijos y guarda con ellos, hasta en las menores circunstancias de la vida doméstica, un grado de autoridad y de dignidad que no conocemos nosotros: tal hijo enfermo, después de una larga ausencia, no se atreve á ir á ver á su padre al campo sin pedirle primero permiso; una criada, á quien yo entregaba mi tarjeta, se negaba á presentarla: «¡Oh, ahora no me atrevería! El señor está comiendo.» El respeto existe en todas partes, en los talleres como en los campos, en el ejército como en la familia. Dondequiera hay inferiores y superiores, que se reconocen tales; si el mecanismo del poder establecido se trastornase, al momento se le vería rehacerse de suyo; por debajo de la constitución legal se extiende la constitución social, y la acción humana entra indefectiblemente en un molde sólido que está completamente preparado.

Por ser fuerte esa red aristocrática, puede ser libre la acción del hombre; porque, como el gobierno local y natural se afianza por todas partes, al modo de la

(1) En el lenguaje familiar los hijos dicen: «*My governor*». En Francia dirían: «*Le banquier*».

hiedra, mediante infinidad de menudos asideros siempre renacientes, los movimientos bruscos, por violentos que sean, no son capaces de arrancarle por entero. Ya pueden las gentes hablar, gritar, celebrar *meetings*, formar procesiones y ligas; no demolerán el Estado; no tienen que habérselas con un compartimiento de funcionarios superpuesto exteriormente al país, y fácil de reemplazar con otro; siempre los treinta ó cuarenta *gentlemen* de un distrito, personajes ricos, influyentes, acreditados, útiles, serán los directores del distrito. «Como se ve un infierno en los periódicos (decía Montesquieu), se cree que el pueblo va á sublevarse mañana.» Nada de eso: es su manera de hablar; lo que hay es que hablan alto y en tono rudo. Al otro día de llegar á Londres vi unos hombres que llevaban sobre el vientre y sobre la espalda este cartel en letras grandes: «Usurpación enorme, atentado de los lores, en la votación del presupuesto, contra los derechos del pueblo.» Verdad es que el cartel añadía: «¡Compatriotas, una petición!» Las cosas no pasan de ahí; se razona en términos francos, y el razonamiento, si es bueno, se propaga. Otra vez, en Hyde-Park, se declamaba al aire libre contra los *bribones* de los lores. El auditorio aplaudía ó silbaba, según le parecía. «En resumen (me decía un inglés): de esa manera hacemos nuestras cosas. Aquí, cuando un hombre tiene una idea, la escribe; una docena de personas la juzgan buena, y acto continuo aprontan dinero para publicarla; se forma de esta suerte una pequeña asociación, que crece, imprime tratados baratos, da *lectures*, hace peticiones, atrae la opinión, y al fin lleva un proyecto al Parlamento; el Parlamento rechaza ó aplaza el asunto; pero el proyecto adquiere importancia, la mayoría de la nación apremia, fuerza

las puertas, y ya tenemos hecha una ley.» Todo el mundo es dueño de obrar así; los obreros pueden ligarse contra sus patronos; y, en efecto, sus asociaciones envuelven á toda Inglaterra; en Preston, creo, hubo una vez una huelga que duró más de seis meses. Armarán motines á veces, pero no fraguarán insurrecciones; saben ya la economía política, y comprenden que violentar los capitales es suprimir el trabajo. Sobre todo son flemáticos; aquí, como en todos lados, el temperamento es siempre la gran fuerza. A ellos no se les sube en seguida la sangre á la cabeza como á las naciones meridionales; siempre media un gran intervalo entre la idea y la acción, y los razonamientos juiciosos, el cálculo repetido vienen á llenar ese intervalo. Entrad en un *meeting*, contemplad aquellas personas de todas las condiciones sociales, aquellas damas que van á oír por trigésima vez la misma disertación adornada de cifras, sobre la educación, sobre el algodón, sobre los salarios. No tienen trazas de aburrirse; saben oponer argumento á argumento, aguardar con paciencia, reclamar gravemente, insistir en su reclamación; son las mismas personas que esperan el tren á orillas de la vía férrea sin atropellarse, y que juegan al *cricket* durante dos horas sin alzar la voz ni disputar un minuto. Dos cocheros que se atascan, salen del paso sin echar pestes ni injuriarse. Así dura su asociación política; pueden ser libres, porque tienen directores naturales y nervios pacientes. Después de todo, el Estado es una máquina como las demás; tratad de tener buenos rodajes, y cuidad de no romperlos; los ingleses tienen la ventaja de poseerlos muy buenos y de manejarlos con sangre fría.

IV

He aquí á nuestro inglés abastecido y administrado. Ahora que ha provisto al bienestar particular y á la seguridad pública, ¿qué va á hacer, y cómo se gobernará en ese dominio más alto, más noble, á que el hombre sube para contemplar la belleza y la verdad? En todo caso, no son las artes las que á él le conducen. Ese enorme Londres es monumental, pero como el palacio de un enriquecido; allí todo es esmerado y costoso, nada más. Esas casas altas de piedras macizas recargadas de peristilos, de columnas, de adornos griegos, suelen ser lúgubres; las pobres columnas de los monumentos parecen dadas de tinta. El domingo, con tiempo brumoso, se creería uno en un cementerio; las planchas de cobre con las direcciones legibles, perfectas, parecen inscripciones funerarias. Ninguna belleza; á lo sumo, las casas burguesas, con sus muros relucientes, con su cuadro de verdor, son agradables; se adivina que son cómodas, excelentes para un hombre de negocios que quiere desentumecerse, explayarse después de un día laborioso. Pero nada tiene allí que saborear un sentimiento más alto y delicado. En cuanto á las estatuas, es difícil no reirse. Hay que ver á lord Wellington con su sombrero de plumas de hierro, ó á Nelson provisto de un cable que forma una especie de cola, plantado sobre su columna y atravesado por un parrarayos como una rata espetada en la punta de un palo. Ya los ingleses de carne y hueso, parecen hechos de hierro; ¿qué serán las estatuas inglesas?—Se precian de pintores; por lo menos, estudian la pintura con una minuciosidad asombrosa, al

estilo chino; son capaces de pintar una hacina de heno tan exactamente, que un botánico reconocerá la especie de cada tallo; quién se instala bajo una tienda durante tres meses en un matorral á fin de conocer á fondo el matorral; muchos son observadores excelentes, sobre todo de la expresión moral, y sabrán muy bien retratar el alma en la cara; se instruye uno contemplando sus obras; sigue con ellos un curso de psicología; pueden ilustrar una novela; nos impresionará la intención poética y soñadora de varios de sus paisajes. Pero en la verdadera pintura, en la pintura pintoresca, sublevan. Yo no creo que se hayan puesto jamás en el lienzo colores tan crudos, cuerpos tan rígidos, telas tan semejantes á hojalata, tonos tan chillones. Figuraos una ópera donde no se oyen más que notas desafinadas. Veréis paisajes que parecen pintados con sangre de toro, céspedes que parecen un tarro de verdoloro derramado en el suelo, Cristos que parecen cocidos y conservados en aceite, ciervos expresivos, perros sentimentales, mujeres desnudas á que se desea en seguida ofrecer ropa. En punto á música, importan la ópera italiana; es un naranjo conservado con grandes gastos entre remolachas. Las artes han menester espíritus ociosos, delicados, nada estoicos, menos puritanos, sensibles á la menor disonancia, inclinados al placer, y que emplean sus largos ocios, sus libres ensueños en coordinar armoniosamente, sin otro objeto que el goce, las formas, los colores y los sonidos. Yo no tengo necesidad de decir que aquí la pendiente de los espíritus es enteramente contraria; y de sobra se ve por qué, entre esos políticos militantes, esos industriales laboriosos, esos hombres de acción enérgicos, el arte no puede dar más que frutos exóticos ó deformados.

Otra cosa ocurre con la ciencia; pero es que en la ciencia hay dos partes. Se la puede tratar como un negocio, acopiar y aquilatar observaciones, combinar experiencias, alinear cifras, pesar probabilidades, descubrir hechos, formular leyes parciales, poseer laboratorios, bibliotecas, sociedades encargadas de almacenar y acrecentar los conocimientos positivos; en todo eso brillan los ingleses; hasta tienen sus Lyell, sus Darwin, sus Owen, capaces de abarcar y de renovar una ciencia; en la construcción del vasto edificio no faltan los albañiles industriosos y los maestros de segundo orden; lo que les falta son los grandes arquitectos, los pensadores, los espíritus verdaderamente especulativos: la filosofía, sobre todo la metafísica, es tan poco indígena aquí como la música y la pintura; la importan, y para eso se dejan la parte mejor en el camino; Carlyle se ve obligado á transformarla en poesía mística, en fantasías de humorista y de profeta; Hamilton la desflora, pero para declararla quimérica; Stuart Mill y Buckle no toman de ella sino la especie más palpable, un residuo pesado, el positivismo. No será hacia ese lado, sino hacia otros á donde se dirigirán la gran curiosidad, los instintos sublimes del espíritu, la necesidad de lo universal y de lo infinito, el deseo de las cosas ideales y perfectas. Miremos el día en que el silencio de los negocios deja libre campo á las aspiraciones desinteresadas. Ningún espectáculo más asombroso para el extranjero que el del domingo en Londres. Las calles están vacías y las iglesias llenas. Una proclama de la reina veda jugar á nada en ese día, ni en público ni en particular; prohíbe á las tabernas recibir gente durante el culto. Todo el mundo está en los oficios; los bancos se hallan atestados, y no son criadas, como entre nosotros, viejas, algunos ren-

tistas y una bandada de damas elegantes, lo que allí se ve; son personas bien vestidas, ó por lo menos, decentemente vestidas, y hay tantos caballeros como señoras. La religión no queda por fuera y por debajo de la cultura pública; cuenta entre sus fieles los jóvenes, los hombres instruidos, la flor de la nación, toda la alta clase y la clase media. El ministro, incluso el de aldea, no es hijo de un campesino, mal desbastado, impregnado aún del ambiente del seminario, encerrado en una educación monacal, separado de la sociedad por el celibato, medio sumido en la Edad Media (1). Es un hombre del siglo, frecuentemente un hombre de mundo, de buena familia muchas veces; un hombre que tiene los intereses, los hábitos, las libertades de los demás, á veces un coche, servidores, costumbres elegantes; una persona ordinariamente instruída, que ha leído y lee aún.

Por todos estos títulos puede ser en su cantón el guía de las ideas, como su vecino el *squire* es el guía de los negocios. Si no marcha en la misma fila que los pensadores libres, no queda más que uno ó dos pasos detrás; vosotros, hombres modernos, parisienses, podéis hablar con él de todos los grandes asuntos; no encontraréis un abismo entre su espíritu y el vuestro. Hablando propiamente, es un laico como vosotros; la única diferencia es que es superintendente de la moral. Hasta en el exterior se os parece; á primera vista le tomaríais por un profesor, un magistrado ó un notario, y los discursos que pronuncia están de acuerdo con su persona. No fulmina anatemas contra el mundo; en eso su doctrina es moderna; sigue la gran vía que abrieron á la religión el Renacimiento y la Reforma.

(1) M. Bouraisien, de *Madame Bovary*, es un personaje muy raro en Inglaterra.

Cuando apareció el Cristianismo hace diez y ocho siglos, era en Oriente, en el país de los esenios y de los terapeutas, en medio de la opresión y de la desesperación universales, cuando la única redención parecía la renuncia al mundo, el abandono de la vida civil, la destrucción de los instintos naturales y la espera diaria del reino de Dios. Cuando reapareció hace tres siglos, fué en Occidente, entre pueblos laboriosos y semilibres, en medio de la reanimación y de la invención universal, cuando el hombre, mejorando su condición, adquiría confianza en su destino terrestre y desplegaba ampliamente sus facultades. Nada tiene de asombroso que el protestantismo nuevo difiera del cristianismo antiguo, que recomienda la acción en vez de predicar el ascetismo, que autorice el bienestar en vez de prescribir la mortificación, que honre el matrimonio, el trabajo, el patriotismo, el examen, la ciencia, todos los sentimientos y todas las facultades naturales, en vez de ensalzar el celibato, el retiro, el desprecio del siglo, el éxtasis, la cautividad del espíritu y la mutilación del corazón. Merced á esa infusión del espíritu moderno ha recibido una nueva sangre, y hoy el protestantismo en unión con la ciencia, forman los dos órganos motores y como el doble corazón de la vida europea. Porque, al aceptar la rehabilitación del mundo, no ha renunciado á la depuración del hombre; al contrario, en ese sentido ha dirigido todos sus esfuerzos. Ha descartado de la religión todas las porciones que no son esa depuración misma, y la ha fortificado reduciéndola. Una institución, como una máquina y como un hombre, es tanto más poderosa cuanto más especial; nunca se hace mejor una obra que cuando sólo se hace una, y todo se refiere á ella. Con la supresión de las leyendas y de

debe ser un punto de vista de la historia de la literatura y de la filosofía. Se refiere a los principios de la ciencia y de la moral. El texto de arriba es un ejemplo de la forma en que se debe escribir.

* El cuadro es exagerado y como espíritu se le da de curso en la vida, por necesario para encargar los cosas, pero hay que tener cuidado de no confundirlos con los principios de la moral.

las prácticas, el pensamiento entero del hombre se ha concentrado en un solo objeto: la mejora moral.

De eso es de lo que se le habla en las iglesias, en estilo grave y frío, con una serie de razonamientos sensatos y sólidos: cómo un hombre debe reflexionar sobre sus deberes, anotarlos uno á uno en su espíritu, trazarse principios, tener una especie de código interior libremente aceptado, á que referir todas sus acciones sin vacilaciones ni subterfugios; cómo esos principios pueden arraigarse á favor de la práctica; cómo el examen incesante, el esfuerzo personal, la corrección continua de uno mismo por sí propio deben afirmar nuestra voluntad lentamente en la rectitud: tales son las cuestiones que, con una multitud de ejemplos, de pruebas, de apelaciones á la experiencia diaria (1), se reproducen en todos los púlpitos para fomentar el hombre la reforma voluntaria, la vigilancia y el imperio de sí mismo, el hábito de dominarse y una especie de estoicismo moderno casi tan noble como el antiguo. Por todas partes ayudan á esta obra los laicos, y la enseñanza moral, procedente de la literatura á la vez que de la teología, establece un estrecho consorcio entre el mundo y el clero. Casi nunca pinta aquí un libro al hombre de una manera desinteresada; críticos, filósofos, historiadores, novelistas, hasta los mismos poetas dan una lección, sostienen una tesis, delatan ó castigan un vicio, pintan una tentación vencida, cuentan la historia de un carácter que se reforma. Su exacta y minuciosa descripción de los sentimientos conduce siempre á una aprobación ó á una censura; no son artistas, sino moralistas; sólo en país protestante encontraréis una novela consagrada por entero

Exemplar de la obra de Taine

moral en sus principios

ya en gusto

(1) Yo ruego al lector que lea, entre otros cien, los sermones del doctor Arnold ante sus discípulos de Rugby.

deben ser los principios de la moral

á describir los progresos del sentimiento moral en un niño de doce años (1). Todo, hasta la parte mística, trabaja en la religión en este sentido. Se han dejado á un lado las distinciones y las sutilezas bizantinas; no se han introducido las curiosidades y las especulaciones germánicas; sólo reina el dios de la conciencia, se ha descartado la dulcedumbre femenina; no se encuentra allí el esposo de las almas, el consolador amable, que persigue la *Imitación* en sus tiernos sueños; se respira un ambiente viril; se ve que el Antiguo Testamento, que los severos salmos hebraicos han dejado allí su impresión. No se trata ya de un amigo del corazón á quien confía uno sus menores deseos, sus pequeñas penas, de una especie de director afectuoso y enteramente humano; no se trata ya de un rey cuyos parientes ó cortesanos procura uno ganar y cuyos favores espera; no se ve en él más que el guardián del deber, y no se le habla de otra cosa. Lo que se le pide es la fuerza necesaria para la virtud, la renovación interior que permite obrar siempre bien; y una súplica semejante es por sí misma una palanca suficiente para apartar al hombre de sus flaquezas. Lo que se sabe de él es que es perfectamente justo, y tal confianza basta para representar todos los acontecimientos de la vida como pasos que conducen hacia el reinado de la justicia. Hablando propiamente, no hay otra cosa que ella; el mundo es una figura que la oculta; pero el corazón y la conciencia la sienten, y lo único importante y verdadero del hombre es su adhesión á ella. Así hablan las antiguas y graves oraciones, los severos cantos que resuenan en el templo, acompañados por el órgano. Aunque francés y educado en una religión

(1) *The wide, wide World*, by Elizabeth Whetherell. Véase las novelas de miss Yonge y sobre todo las de miss Evans.

diferente, yo los escuchaba con una admiración y una emoción sinceras. Poemas serios y grandiosos que, abriendo una salida hacia el infinito, dejan penetrar un rayo de luz en la oscuridad sin límites, y satisfacen los profundos instintos poéticos, los vagos anhelos de sublimidad y de melancolía que esa raza ha manifestado desde su origen y ha conservado hasta lo último,

En el fondo del presente, como en el fondo del pasado, reaparece siempre una causa interior y persistente, el carácter de la raza; la herencia y el clima le han mantenido; una perturbación violenta, la conquista normanda, le ha modificado; al fin, después de diversas oscilaciones, se manifiesta en la concepción de un modelo ideal propio, que poco á poco modela ó produce la religión, la literatura y las instituciones. Así fijado y expresado, es en adelante el motor de todo lo demás; él es el que explica el presente; de él es del que depende el porvenir; su fuerza y su dirección producen la civilización presente, su fuerza y su dirección producirán la civilización futura. Hoy que las grandes violencias históricas, hoy que la destrucción y la servidumbre de los pueblos se han hecho casi impracticables, cada nación puede desenvolver su vida según su concepción de la vida; los azares de una guerra ó de una invención no ejercen influjo más que en los pormenores; ahora sólo las inclinaciones y las aptitudes nacionales dibujan las grandes líneas de la historia nacional; cuando veinticinco millones de hombres conciben de cierta manera el bien y la utilidad,

* Adulterando en parte y en modo completo
fuerzas en modo de verdadero

esa especie de bien y de utilidad es la que buscan y acaban por conseguir. El inglés tiene ya su sacerdote, su gentlemen, su manufactura, su bienestar y su novela. Si se quiere inquirir en qué sentido cambiará esa obra, hay que inquirir en qué sentido cambia la concepción central. Desde hace tres siglos se efectúa en la inteligencia humana una vasta revolución, semejante á esos levantamientos regulares y enormes que, alterando la superficie de las tierras, alteran todos los puntos de vista. Sabemos que los descubrimientos positivos crecen de día en día, y que de día en día irán creciendo más; que de uno en otro objeto, llegan á los más elevados; que empiezan á renovar la ciencia del hombre; que sus aplicaciones útiles y sus consecuencias filosóficas se multiplican de continuo; en resumen: que su invasión universal acabará por extenderse á todo el espíritu humano. De ese cuerpo de verdades invasoras sale también una concepción original de lo bueno y de lo útil, y, por consiguiente, una nueva idea del Estado y de la Iglesia, del arte y de la industria, de la filosofía y de la religión. Esta tiene su fuerza como la antigua tiene la suya; es científica, si la otra es nacional; se apoya en los hechos probados, si la otra se apoya en las cosas establecidas. Ya se manifiesta su oposición; ya principian sus transacciones, y podemos afirmar anticipadamente que el estado próximo de la civilización inglesa dependerá de su divergencia y de su acuerdo.

FIN

INDICE

CAPITULO V

Swift.

Págs.

- I. Los comienzos de Swift.—Su carácter.—Su orgullo.—Su sensibilidad.—Su vida en casa de sir W. Temple.—En casa de lord Berkeley.—Su papel político.—Su importancia.—Su adversa suerte.—Su vida privada.—Sus amores.—Su desesperación y su locura.
- II. Su inteligencia.—Su poder y sus límites.—El espíritu prosaico y positivista.—Cómo está situado entre la vulgaridad y el genio.—Por qué es destructor.
- III. El polemista.—Cómo en este momento la literatura penetra en la política.—Diferencia de los partidos en Francia y en Inglaterra.—Diferencia de las disertaciones y controversias en ambos países.—Condiciones del razonamiento literario.—Condiciones del razonamiento eficaz.—El *Examiner*.—Las *Cartas del pañero*.—El *Retrato de lord Wharton*.—*Argumento contra la abolición del Cristianismo*.—La invectiva política.—La difamación personal.—El buen sentido incisivo.—La ironía grave.
- IV. El poeta.—Comparación de Swift y Voltaire.—Seriedad y dureza de sus burlas.—*Bickerstaff*.—Rudeza de su galantería.—*Cadenus y Vanessa*.—Su poesía prosaica y realista.—*La Gran cuestión debatida*.—Energía y tristeza de sus pequeños poemas.—Versos sobre su propia muerte.—A qué excesos llega.
- V. El narrador y el filósofo.—El *Cuento del Tonel*.—Su juicio sobre la religión, la ciencia, la filosofía y la razón.—Cómo difama á la inteligencia humana.—Los *Viajes*